

dano.—¡Oh! yo no lo dudo.—Oiga Vd.: parece que no se encuentra muy á gusto el mancebo, porque veo que está sacando un brazo como quien quiere salirse de la tumba.—Sí, pero reparad que ese es un brazo de madera; ¿veis que lleva una bujía encendida en la mano?—Alumbre Vd. mas de cerca con la suya, porque no veo bien.—Pues es el emblema de lo que el grande hombre ilustró al mundo con la luz de las obras de su ingenio. Leed esa inscripcion:

« Ici repose l'homme de la nature et de la vérité. »

Aquí yace el hombre de la naturaleza y de la verdad.

—Está bien, repuso Tirabeque, aunque eso de la verdad necesitaria alguna mas explicacion.—Ahora venid por aquí. Y nos condujo á otros de los departamentos subterráneos, donde habia porcion de jarrones de mármol.—Esta urna de piedra contiene los corazones de *MM. Sers y Monard de Gales*; en esta otra urna está encerrado el corazon de *Hecreau de Sennarmort*; esta otra está vacía; esta otra contiene el corazon del ilustre senador.....—Por lo visto, dijo Tirabeque sin dejarle concluir, Vds. han ido descorazonando gente para colocar sus corazones en estos jarros. Y diga Vd.: ¿se puede saber qué clase de sugetos eran todos estos descorazonados?—¡Oh! sí, señor; eran senadores, generales, condes, marquéses, abogados, pares de Francia, etc.—¿Y todos eran hombres grandes? Porque si el ser hombre grande en Francia ha de servir para que á uno le arranquen el corazon, estoy mas contento con ser en España hombre pequeño que si fuera en Francia hombre grande.—No eran muy grandes que digamos, contestó el conductor, pero fueron ciudadanos bien reputados.—Pues crea Vd., replicó Pelegrin, que de ninguno de ellos he oido hablar una palabra: no debieron ser muy grandes cuando su fama no ha llegado á mí.—Si os parece, señores, podemos salir cuando gustéis.—Qué, ¿se acabaron ya los hombres grandes?—Sí, señores, se acabaron.—¿Con que es decir que toda la bulla de los *Hombres Grandes* del famoso *Panteon* se reduce á dos que son *Rousseau* y *Voltaire*? Y para eso tanta bambolla de: « á los *Grandes hombres la patria reconocida!* »—¡Ah! pero habrá mas.—¡Ah! pero ahora no los hay. Está visto, hermano conductor, que los franceses son Vds. muy ponderativos.—Calla, imprudente, le dije al oído; calla esa boca y salgamos.

Subimos otra vez á la iglesia. Nosotros caminábamos derecho

hacia la salida, pero el conductor mostraba interes y empeño en llamarnos la atencion hacia algun otro punto. Tirabeque y yo mirábamos, y nada se ofrecia á nuestra vista que ofreciese ya novedad. Caminábamos hacia la puerta y el conductor nos entretenia de nuevo.—¿Qué será esto, Pelegrin? le dije por lo bajo.—Señor, no sé lo que puede significar, me contestó.—Ea, pues despedámonos de este hombre.—Dios os guarde, amigo: os damos las gracias por vuestra atencion.—Perdonad señores, vos no habéis leído sin duda este escrito. Entónces miramos á una tablita que colgada de una columna estaba, en la cual se leia:

« L'inspecteur des travaux du Panthéon certifie que les conducteurs-guides n'aient autre salaire que les gratifications des personnes qui vont le voir. »

« El inspector de los trabajos del Panteon certifica que los guias-conductores no tienen mas salario que las propinas de los que vienen á visitarlo. »

Esto explicaba la conducta de nuestro guia, y sus ardidés indirectos para llamarnos la atencion. Yo eché mano al bolsillo riéndome de tan extraño modo de pedir, y Tirabeque con su natural marcialidad le dijo al conductor: oiga Vd. señor mio, ¿para pedir una propina, se necesita andar con esos circunloquios? Sepa Vd. que somos españoles y que en España se piden las cosas clarito y sin rodeos. ¡Habrá Vd. visto gazmoñería como ella! Para decir: « ¿no hay alguna cosilla para el conductor? » no es necesario andar con certificaciones ni garambainas.—¡Ah! perdon, señores.—¿Qué perdon ni que as de bastos! Tóme Vd. ese par de francos y calle. ¿Pues para qué quiere mas renta el hombre?

Y salimos riendonos del modo de pedir de los franceses. Ellos no piden, ni hacen memoriales; expiden un certificado para que les den. Testimonio de la franqueza del país.

Teatro italiano.

Por la noche nos fuimos al *Teatro italiano*. ¡Hola! y que no es poca fineza llevar á un lego á un teatro donde una localidad regular cuesta 13 francos, ó sea 52 reales; y para eso si se quiere estar á gusto hay que apresurarse á tomar posesion del asiento, porque de otra manera, con arreglo á la bendita costumbre francesa del *primo capientis*, se expone uno á pagar trece francos enteros para no ver mas que la mitad del escenario. Pero de estas

finezas merecia Tirabeque por los importantes servicios que en algunas ocasiones me prestaba.

El *Teatro italiano*, así llamado por ser de italianos la compañía lírica que en él trabaja, es el segundo de Paris en categoría; aunque no tan grandioso y magnífico como el de la *Academia real de música*, es sumamente bello y elegante, y la sociedad que á él concurre es acaso mas escogida todavía que la de la grande ópera. Como los franceses y francesas acostumbran á vestirse de sociedad para ir al teatro, especialmente á los de primer orden, la concurrencia del *teatro italiano* representa el lujo y la elegancia de las clases de mas tono de Paris. La compañía distribuye el año escénico en dos temporadas ó mitades, de las cuales la de otoño ó invierno la dedica á Paris, y la de primavera y verano á Londres. No da mas que tres funciones cada semana, alternando con las de la *Academia real*.

Allí tuvimos el gusto de oír á la *Grissi*, la *Persiani*, la *Albertazzi*, la *Amigó*, á *Tamburini*, *Mario* y *Lablache*, primeras notabilidades líricas de Europa, y aun del mundo. *Rubini*, el célebre *Rubini*, el rey de los tenores, que tambien habia pertenecido á aquella compañía, se habia retirado ya de la escena á gozar privada y descansadamente de las glorias y los triunfos artísticos, y de otra cosa todavía mas positiva y material para pasar el resto de su vida con decencia, de los millones que su habilidad y sus talentos líricos le habian proporcionado. Dichosos los que en este siglo filarmónico lo ganan cantando.

Sorprendiome y no poco Tirabeque cuando me dijo en uno de los entreactos: — Señor, señor, allí estoy yo. — ¡Cómo que allí estás tú! ¿Dónde? Yo no te veo mas que aquí. — No, señor, no, allí arriba; mire Vd. al antepecho de aquella segunda galería de palcos; no me ve Vd. allí escrito con letras de oro? ¿quién les habrá dicho á estos italianos que me hallo yo en Paris? ¿y cómo habia yo de pensar nunca que me habian de hacer el honor de ponerme en letras de oro, cuando creí que las de plomo de la imprenta eran ya demasiado para lo que yo merezco? — Calla, calla, simplon que tū eres, tū debes estar soñando. — Señor, ¿no ve Vd. allí escrito en un lado *Malibran*, en otro *Barilli*, y otro *García*? — Eso sí. — Pues bien: no ve Vd. allí cerca *Pelegrin* con todas sus letras? Pues ese ¿quién es mas que yo? ¿Tiene Vd. noticia de que haya por aquí ningun otro *Pelegrin*? — ¡Ah pobre badulaque! miserablè tontuelo! Lee bien, y verás que hay mas letras de las que has pensado: repara y ve que no dice *Pelegrin*

sino *Pellegrini*. — Señor, eso consiste en que como son italianos han escrito mi nombre tambien á estilo de Italia. — Vaya, no has de ser majadero: creí que la temporada que llevas de Paris te habria civilizado mas.

Barilli y *Pellegrini* supongo que han sido dos célebres cantantes italianos que han merecido el honor de que sus nombres se inscriban en este templo de gloria lírica; y no es poca gloria, Tirabeque, para nosotros los españoles el ver tambien esculpidos aquí los nombres de dos compatriotas insignes cuales fueron el Sr. *García*, aquel cuyo honroso sepulcro vimos en el cementerio del P. La Chaise, y el de su hija la inmortal *Malibran*; y no es poca gloria, digo, que de los cuatro célebres artistas cuyos nombres se ven aquí grabados en bronce, dos sean compatriotas nuestros.

Quedóse Tirabeque un poco mustio, si bien no podia dejar de serle satisfactorio la fama y reputacion artistica de dos paisanos que á tan distinguido honor se habian hecho acreedores. Y concluida la funcion salimos admirados de las extraordinarias facultades, y de la robusta, pastosa y suave voz del jefe de los bajos cantantes *Lablache*, y no tan satisfechos como esperábamos de la fama y mérito que habíamos oido dar á *Tamburini*.

La prision de muchachos.

El estado de las prisiones y el sistema carcelario es una de las cosas que prueban mas el buen ó mal gobierno de un país. En España los presos se pudren en las cárceles, en Francia trabajan y se corrigen, en Bélgica casi es una cucaña estar preso, y ha llegado á cuestionarse si el estado excesivamente brillante y cómodo de las prisiones desmoraliza ya indirectamente la sociedad en vez de corregirla, pues hay hombres que cometen delitos con el fin de que los encarcelen.

Para visitar las cárceles de Paris se necesita una permission ó licencia especial del Prefecto, pero se consigue fácilmente. He aquí los términos en que están concebidas. — « Prefectura de Policía. — El consejero de estado, Prefecto de Policía, autoriza á los directores de las prisiones del Sena á dar entrada en estos establecimientos el dia que se presente á visitarlos á *Mr. N.....* Los Señores directores le dispensarán todas las facilidades compatibles con su deber y responsabilidad. Anotarán en esta licencia el dia en que les sea presentada; y el director que la reciba el último, la

retendrá para volverla á enviar á la Prefectura de Policía. — El consejero de Estado, Prefecto, *Deupui.* »

Cada cárcel de Paris, está destinada á detenidos de diferente condicion, edad, sexo y delitos. La de *Santa Pelagia* por ejemplo, en que ántes se encerraba á los perseguidos por deudas, está ahora destinada á los condenados por delitos políticos, á algunos prevenidos de robo, y á tal cual individuo condenado á una corta detencion. En la *Conserjería* se encierran los acusados que esperan el fallo de la *Cour d'Assises*. La de la *Abadía de San German* está destinada á los militares prevenidos de crímenes de la competencia de los consejos de Guerra : esta es una prision estremadamente fuerte. La de la *Deuda* es la que ha reemplazado á la de *Santa Pelagia*. La de *San Lázaro* es la casa de detencion para mujeres condenadas á prision temporal ó perpétua : es una de las mejores de Paris, y las detenidas se emplean en trabajos propios de su sexo, que al paso que las preservan del enojo y la desesperacion, y les endulzan la privacion de la libertad, les preparan recursos para el dia en que hayan de recobrarla. La de la *Pequeña fuerza* está destinada á las prostitutas, á quienes se ocupa en hilar lana ó algodón : el reglamento de esta cárcel es sumamente severo. La de la *Roquette* ó *Nouveau Bicetre* está dedicada á los sentenciados á muerte ó á penas corporales y duras hasta que salen á sufrir su castigo. En la *Penitenciaría de jóvenes detenidos* se encierran á los muchachos de 7 á 14 años por via de correccion y por tiempo determinado. Y así de las demas prisiones.

Las cárceles de Paris se han mejorado extraordinariamente de algun tiempo á esta parte, tanto respecto al estado sanitario como al tratamiento que en ellas se da á los presos. Para prueba de ello, y en beneficio de la brevedad que exigen unas ligeras observaciones de viaje, hablaré solo de dos de ellas, que como las otras tuve el gusto de visitar en compañía de mi Tirabeque. Ambas están junto al cementerio del P. La Chaise, enfrente una de otra : son las dos últimas que he citado.

Cuando Tirabeque supó que entraba en el depósito de rematados á llevar la cadena y á sufrir la pena capital, le entró cierto sudorcillo de miedo que en vano procuraba disimular. El edificio consta de dos pisos altos, donde se hallan los cuartos ó celditas para cada preso : en el piso bajo están los talleres, rectorio, capilla, etc. ; en medio hay un gran patio cuadrado : el establecimiento puede contener 3,000 presos.

— ¿Qué tienes, Pelegrin ? — Nada, señor : el poquillo de res-

peto con que siempre mira uno á estos colegiales mayores. El conserje nos condujo á uno de los talleres, donde habria sobre 20 ó 30 presos trabajando en obras de sastrería. Á nuestra entrada todos se pusieron en pié, descubriendo sus cabezas y teniendo sus gorritas en la mano. Aquel acto de urbanidad y respeto no dejó de tranquilizar un tanto la zozobrosa inquietud de Tirabeque. Examinámos ligeramente sus obras, permaneciendo entre tanto los presos en la misma humilde y respetuosa actitud. — Señor, medecia Tirabeque al oído, ¿estos son presos, ó son los sastres de la casa ? — Sí, los sastres de la casa son ; pero tan humildes como los ves, son tambien de los presos, acaso son grandes criminales, acaso facinerosos y asesinos. — Señor, si parecen sastres de tijera honrada. — He ahí, Pelegrin, los efectos de un buen gobierno carcelario.

Pasámos en seguida á los talleres de herrería, de zapatería, de carpintería y demas. En este último vimos trabajar obras sumamente delicadas y de muchísimo gusto : neceseres, cajas, pupitres, almohadillitas para señora, adornadas de embutidos de muchísimo y muy minucioso trabajo formando elegantes dibujos. Tirabeque se quedó asombrado de ver tan exquisitos trabajos, y á mí me sucedió lo mismo. En todos los talleres fuimos recibidos con iguales muestras de respetuosa y humilde atencion. Subímos á ver las celdas, donde admirámos la limpieza y el aseo, y mas que todo la decencia y comodidad de las camas. En seguida visitámos la cocina, que hallámos mas limpia y aseada que la de nuestros antiguos conventos : probámos las viandas y convenímos en que podian comerse mejor que los almodrotes que nos hacian nuestros cocineros del claustro.

Pero la prision en que mas hallámos que admirar fué la de los *muchachos*, ó sea de *jóvenes detenidos* que está enfrente. El edificio parece mas bien un castillo feudal que una cárcel. Es un sexágono regular, en cada uno de cuyos ángulos iguales descuella una torre cuadrada. Consta de otros tantos departamentos de tres pisos cada uno, con otros tantos patios. Cada uno de estos seis departamentos está aislado de los otros, y en medio hay una especie de rotonda desde la cual se dominan todos. Cuando nosotros visitámos esta cárcel habria unos quinientos jóvenes presos, todos de 7 á 14 años ; cada uno vive y trabaja separadamente en su celda, conforme al sistema de aislamiento del célebre Benthám. Los de un departamento no se rozan ni comunican para nada con los de otro, y aun los que habitan en uno mismo no se conocen por sus

nombres, sino por el número con que á cada uno se señala. Trabajan todo el día, y solo cada dos días se concede á cada preso un cuarto de hora de recreo en el patio; pero cada uno juega solo, cada uno tiene su cuarto de hora diferente; no se reúnen sino para oír misa en la capilla y para recibir las explicaciones de doctrina cristiana en la rotonda del medio. En cada manzana de celdas hay continuamente un vigilante que inspecciona los trabajos de la seccion que está á su cuidado, y asiste y suministra á cada preso lo que necesita para sus trabajos. La vigilancia es rígida; ningun preso podría holgar seis minutos sin conocimiento del inspector, y sin que le siguiera inmediatamente el castigo; pero el socorro en cualquier indisposicion, en cualquier necesidad que se les ocurra, es tambien pronto y seguro; el vigilante no falta nunca de allí; al menor llamamiento de un preso acude en el minuto. Estos vigilantes (*surveillants*) son todos retirados del ejército, lo mismo que los conserjes y demas empleados del establecimiento escogidos por su moralidad.

El que á nosotros nos guiaba era un hombre sumamente fino, atento é instruido. Nos hacia las explicaciones con la mayor minuciosidad y con una amabilidad que no dejaba que apeteer. No hubo seccion que no visitáramos; en vano fué indicarle varias veces en las tres largas horas, que se estaba molestando demasiado por nosotros; su respuesta era siempre, que en ello no hacia mas que cumplir su deber, que aquella era su obligacion, y que ademas tenia gusto en que los extranjeros á quienes tenia el honor de guiar no dejaran de informarse de todo cuanto al establecimiento pertenecía. ¡Cuántas veces me acordé de la general aspereza de nuestros alcalides! Bien que esto, atendido el estado de nuestras cárceles, es un bien; y aun deberian poseer en grado mas eminente esta cualidad para que nadie viese lo que es afrentoso ver.

No hay género de trabajo á que no se dediquen aquellos jóvenes, segun las inclinaciones de cada uno. Allí se fabrica toda clase de ropa y de calzado, de tejidos, de cerrajería, de botonería, de ebanistería, de cincelería, de hebillería, etc. etc. : lo mismo se elaboran telas de hilo, seda y estambre que instrumentos de hierro, bronce y acero, que muebles de madera, y artefactos de todo género. Allí vi cincelar esas figuras y grupos de bronce que sirven de remate y adorno á los relojes de mesa; allí vi trabajar esos instrumentos músicos que llaman *acordiones*, de los cuales habia un bien surtido almacen de todos tamaños, que tocaban tambien los presos con maestría; y por este estilo otra porcion de manufactu-

ras, de que se surten varias casas de comercio de Paris, y de cuyos productos parte se destina á beneficio del establecimiento y parte se deposita en la Caja de Ahorros de cada preso, para que el dia que salga de la prision pueda contar con un pequeño capital.

Divertida en gran manera fué nuestra visita carcelaria con las preguntas que Tirabeque ó yo hacíamos á los chicos, segun que en cada celda entráramos, y con las respuestas que ellos nos daban. — Oyes, niño, ¿por qué estas tú aquí? — Yo, por vago, nos respondia con admirable candidez. — ¿Qué edad tienes? — Ocho años. — ¿Y qué sabes hacer? — Hago cadenitas de alambre de varias clases (y todo esto sin dejar de trabajar). — ¡Y cuánto tiempo llevas de prision? — Cuatro meses. — ¿Y cuánto te falta? — Cuatro años, ménos el tiempo que llevo aquí. — Pasáramos á otra celda, y preguntáramos. — ¿Qué edad tienes tú, niño? — Ocho años y medio. — ¿Y por qué estás en la prision, picarillo? — Por indócil. — ¿Qué sabes hacer? — Hebillitas y llaves de reloj. — ¿Por cuánto tiempo estás preso? — Por seis años: llevo ya mas de uno en ella. — Enseña, enseña á estos señores, le decia el conserje, las muestras de escritura. Sabed que este niño ha ganado el último premio de escribir.

Esto nos dió á conocer la esmerada enseñanza de primeras letras que recibian los jóvenes penitenciados. — Diga Vd. Sr. conserje, le preguntó mi Pelegrin: supongo que les darán á Vds. mucho que hacer estos diablejos, porque aquí vendrá lo peor de cada casa. — Viene en efecto, pero es admirable el cambio que en ellos produce este sistema desde el momento que entran en la prision. Como desde luego se ven aislados, como nadie se les presenta ni les habla sino los jefes é inspectores del establecimiento, y los maestros de religion, de primeras letras y de su oficio respectivo, y como siempre se los tiene ocupados, adquieren una docilidad admirable, y apenas se ofrece castigarlos alguna vez. ¿Y vos no tenéis en España (dijo dirigiéndose á mí) establecimientos de esta clase? — Sí, le contesté; en Madrid se ha creado uno el año pasado, y se proyecta crear otros. Tirabeque iba á echarme á perder la contestacion, pero le lancé una mirada que le hizo temblar y calló como un muerto.

Al despedirnos quise poner en la mano de nuestro amable conductor la decente propina de que era digno. Pero de tal manera y con tales razones de delicadeza la rehusó, que hube de desistir, y aun de pedirle mil perdones. Único ejemplar de este género que se me presentó en toda la Francia.

Salimos amo y lego, no acabando de admirar bastante un establecimiento en que se encerraban quinientos jóvenes, que hubieran sido otras tantas carcomas de la sociedad, que hubieran corrompido un cuádruple número de los de su edad, y que al cabo de algunos años de *penitenciaría* salen con un oficio aprendido, con un caudalito ahorrado, y pueden ser otros tantos ciudadanos honrados y laboriosos. ¡Ojalá en lugar de ocuparse los españoles en intrigas políticas, pensaran en crear establecimientos de esta clase!

La ermita y el pabellon de Rousseau.

Una de las excursiones que suele y debe hacer el curioso viajero que se halle en París, es á *Montmorency*, pequeña ciudad á tres leguas norte de la capital, tanto por su situacion pintoresca como por hallarse allí la célebre *Ermita de Rousseau*, su *pabellon* y otros no ménos curiosos monumentos.

El dia que se destine á esta excursion pueden hacerse, como decimos en España, de una via dos mandados, visitando las tumbas de los reyes de Francia en la catedral de *Saint-Denis*, distante dos leguas en el camino mismo de *Montmorency*. En el arrabal llamado de *San Dionisio* hay diferentes empresas de carruajes que parten diariamente cada média hora á la ciudad de este nombre y conducen al viajero por el módico precio de 3 reales (75 centimos); desde *Saint-Denis á Montmorency* se apresta otro carruaje, de que hay siempre y á todas horas grande abundancia. Esta expedicion la hicimos cuatro españoles reunidos.

Montmorency está situada en una altura que domina el valle del mismo nombre, valle feracísimo y risueño, sembrado de lujosas casas de campo, de bosques de castaños, hermosos parques, paseos deliciosos, fuentes y baños de aguas sulfurosas, la casa de *Catinat* y el famoso lago de *Enghien*, al cual en las fiestas patronales tienen costumbre los elegantes parisienses de bajar montados en pollinas, de donde le viene el nombre de la fiesta ó paseo de *las asnas*, y en el cual se embarcan y juegan despues en lindos barquichuelos. Todo este conjunto hace que las vistas de *Montmorency* sean acaso las mas pintorescas y amenas de las cercanías de París.

Nosotros habíamos emprendido nuestra viajata ni mas ni ménos que como *Rousseau* habia empezado á recibir su primera instruccion, es decir, sin guia ni amigo que supiese dirigirle. Pero

confiados en el adagio español, « preguntando se va á Roma, » preguntando á unos y á otros lográmos dar con la famosa *Ermita (l'ermitage)*, que está cerca del bosque llamado *El Castañar*, destinado para las danzas en las citadas fiestas. En el jardin contiguo á la *Ermita* hay un busto de *Juan Jacobo* y un mausoleo de mármol blanco erigido á la memoria del célebre músico *Gretry*, autor de 40 óperas, entre ellas la de *Ricardo corazon de leon*, que habitó tambien aquella *Ermita* y murió en ella en 1813.

Mirábamos nosotros la casita en que vivió el filósofo ginebrino con la curiosidad y respeto que inspiran naturalmente las viviendas de los grandes hombres. « Aquí, decia uno, fué donde compuso el escritor ilustre las obras que le abrieron tan distinguido lugar en la literatura moderna. — Esta es la morada, decia otro, que le proporcionó su querida *Madama de Epinay* cuando le dijo: « Oso mio, ahí tienes tu asilo: tú le has escogido y la amistad te le ofrece. » Esta puede llamarse el regalo del amor. — Sí, añadió yo, pero bien pronto en este mismo sitio se prendó de la condesa de *Houdetot*, cuñada de la *Epinay*, cuyos locos amores le acarrearón los disgustos que era natural le produjesen los celos de su generosa querida, y aun el tener que romper las amistosas relaciones que le unian con *Diderot*, y casi las de todos sus amigos. Y no hablemos de sus antiguos amores con la baronesa de *Warens*, á quien en medio de sus infidelidades no pudo nunca olvidar. »

Tirabeque, que habia estado callado oyendo estas conversaciones, rompió el silencio y me dijo: — Señor, por lo que Vds. hablan, ese hombre era de aquellos de « tantas veo, tantas quiero. » ¿Y es ese aquel *grande hombre* del PANTEON que sacaba el brazo con una candela para iluminar el mundo? — El mismo, *Pelegrin*. — Pues señor, dígole á Vd. que por sus luces no diera yo seis maravedís. — Pues aun no sabes lo mejor. Mira: aquí en esta misma *Ermita* tan nombrada vivió con las que él llamaba *sus amas de gobierno*, que eran una madre y una hija que habia conocido en una posada de París: y de la hija refieren que era tan estúpida que nunca pudo contar por su orden los meses del año, y le sucedia tambien lo que cuentan de nuestro difunto picador de toros Sevilla, que le costaba trabajo entender las horas de una muestra de reloj. Pues bien, el *grande hombre* se enamoró tambien de aquella *gran mujer*, y la *antorcha del mundo* se dejó dominar de aquella *ilustrada moza*, y se casó con ella y le hizo padre, ó por mejor decir, le hizo padre ántes de casarse con ella. —